



BREE BARTON

CORAZÓN
DE
ESPINO

UN REINO OSCURO EN EL QUE SOLO LAS MUJERES PUEDEN POSEER MAGIA, Y CADA MUJER ES SOSPECHOSA DE POSEERLA.

UNA FANTASÍA JUVENIL FEMINISTA LLENA DE IMAGINACIÓN.

En el antiguo Reino del Río, Mia Rose ha dedicado su vida a perseguir a Gwyrach, una mujer capaz de manipular la carne, los huesos, la respiración y la sangre. La misma mujer que asesinó a su madre sin ni un solo rasguño. Pero cuando el padre de Mia anuncia una alianza con la familia real, ella se verá forzada a cambiar sus cuchillos y sus pantalones por un suntuoso vestido de seda. Determinada a forjar su propio camino, Mia planifica una huida peligrosa, sin ser capaz de prever la más grande de todas las traiciones posibles: su propio cuerpo. Mia posee la magia que había jurado destruir. Ahora, mientras ella desentraña los secretos de su pasado, tendrá que aprender a confiar en su corazón..., aun cuando este pueda matarla.

Para Carli Christina Cat, la BA original

Un mapa antiguo del mundo
tiene forma de corazón, una silueta pulcra
antaño pintada de vivos colores,
aunque los colores se han desvanecido
como se desvanecen los sentimientos
de un corazón viejo y frágil, el mapa
apergaminado de una vida. Pero los
sentimientos son indelebles
y el anhelo, infinito, una brújula estrellada
que señala todas las direcciones
que se abren ante dos amantes, una brisa fresca
en sus velas, el futuro ignoto
aún lejos del borde
donde el mar se derrama sobre las estrellas.

Un Mapa del Mundo, TED KOOSER

* * *

Fidacteu zeu biqhotz, limarya eu naj.
[Confía en tu corazón, aunque te mate].

Prólogo

Érase una vez, en un castillo excavado en piedra, una chica que planeaba un asesinato.

PRIMERA PARTE

Carne

1

Senos de porcelana

La víspera de su boda con el príncipe, Mia Rose hubiera debido estar sentada ante su tocador de madera de cerezo ahuecándose los rizos rojizos y ciñéndose un corsé de ballenas. Hubiera debido estar enredando con la cola de su vestido, hecha con seda de mar, que se desplegaba tras de ella como un manto de nieve sobre un bulevar.

Pero Mia no hacía nada de eso.

Daba vueltas por sus aposentos nupciales con un zurrón lleno de sangre de jabalí bien agarrado con los dedos. Llevaba semanas realizando una investigación meticulosa, hurtando pedazos de carne de las cocinas del castillo —de pato, de ganso, de ciervo— y el jabalí había salido vencedor. La sangre se secaría y parecería humana: una mancha marrón envejecida.

Había sustraído uno de los vestidos de su hermana para poder hacerlo trizas junto con su vestido de novia y convertirlos en un amasijo de cintas ensangrentadas que dejaría atrás para que lo encontraran. Era un plan sencillo. Montaría el decorado en los subterráneos del castillo para dar pie a una conclusión ineludible: Mia, la prometida del príncipe, había sido víctima de un brutal ataque, secuestrada y seguramente asesinada, junto con su hermana menor, Angelyne. Las pobres hermanitas Rose, que estaban en la flor de la vida.

Y mientras los guardias del rey ponían el castillo del revés buscando al cruel asesino, Mia guiaría a Angie hasta la libertad.

Tenía que admitir que no era un plan muy brillante. El problema era que no tenía otro. Y, además, había un obstáculo bastante importante:

No se lo había contado a su hermana.

—¿Mia? ¿Te falta mucho?

Angelyne entró en la habitación de Mia con un susurro de sus escarpines de satén.

—Venía a ver si necesitabas... —se interrumpió—. ¿A qué viene esa cuerda?

Mia se había pasado una gruesa soga por las trabillas del pantalón para descender a las entrañas subterráneas del castillo. Abrió la boca para explicárselo, pero no consiguió articular palabra: un dolor de cabeza empezaba a hacerle cosquillas en las sienes.

Angie frunció el ceño.

—¿Eres consciente de que el banquete final está a punto de empezar?

—Lo soy.

—Y no te has puesto el vestido ni los guantes.

—Cierto.

—Y parece que se te ha muerto un caniche en el pelo.

—Siempre me han gustado los caniches.

—¿Eso es sangre? —Angelyne le quitó el zurrón de cuero a su hermana, lo olisqueó e hizo una mueca—. Me da igual lo que estuvieras a punto de hacer; te diré lo que vas a hacer ahora. —Señaló el tocador de cerezo y apartó un montón de libros y una vela a medio consumir para hacer sitio—. Siéntate. Voy a peinarte.

Mia se dejó caer en la silla con irritación. El dolor de cabeza había pasado a darle zarpazos en el cráneo. ¿Por qué era incapaz de contarle el plan a su hermana? No podía decirse que no fuera una cuestión de vida o muerte: un mes antes, su padre, Griffin, prometió al rey una novia para su

hijo. Con diecisiete años, Mia era la opción más evidente. Pero, con quince, Angie no le iba a la zaga.

Mia había intentado por todos los medios que su padre cambiara de idea. Las jóvenes del Reino del Río raras veces tenían voz en la elección de marido, pero Mia supuso, ingenuamente, que con ella sería distinto. Bajo la tutela de su padre, llevaba tres años preparándose para ser cazadora. Parecía impensable que fuera a venderla al mejor postor. Pero, por más que suplicó, su padre no cedió.

La había condenado a cadena perpetua, destruyendo cualquier posibilidad de encontrar el amor o la felicidad. Su propio padre, que conocía mejor que nadie el poder del amor. Afortunadamente, Mia no tenía la menor intención de casarse con el príncipe Quin ni de compartir su lecho. Tenía trabajo por delante: una hermana que salvar... y una Gwyrach asesina que encontrar.

—¿Angie? Tengo que...

—¿Estarte quieta? Tienes toda la razón.

La joven rebuscó en su cesta de horquillas y otros objetos alarmantemente afilados. Su presencia en el castillo era culpa de Mia. Cuando la reina intentó endosarle una dama de compañía que la ayudara con los vestidos, las joyas y los afeites, Mia se puso tan nerviosa (¿para qué necesitaba que nadie le hiciera compañía?) que solicitó que trajeran a Angie a Kaer Killian, el castillo real, durante el mes que duraría el compromiso.

Se arrepentía casi a diario. El castillo y sus corrientes de aire no habían hecho más que exacerbar la diversidad de dolencias misteriosas de su hermana. El Kaer era una ciudadela antigua excavada en una montaña de hielo y roca helada donde hacía un frío miserable. Por no hablar de que Angie había llamado la atención del joven duque, cosa bastante inquietante. Su hermana era grácil y esbelta, con una cara pálida en forma de corazón, labios de pétalo de rosa y el cabello ondulado del color de las fresas veraniegas madurando en la mata.

—Mia Rose —murmuró Angie—, princesa del caos, destructora de cosas bonitas.

Angie tosió violentamente un instante, pero recuperó la compostura. Pasó el peine de hueso por los enredos de Mia con tanta fuerza que la hizo gritar.

—Angelyne Rose, señora del dolor, usuaria de instrumentos de tortura. —Mia se frotó las sienes—. La cabeza ya me dolía horrores antes de que empezaras con este tormento. No sé por qué de repente he empezado a tener estos dolores tan atroces.

Angie se detuvo.

—¿Dónde te duele?

—Aquí. —Se señaló la nuca—. Y aquí. —Se pellizcó el puente de la nariz—. En el esfenoides. Es como si me ardiera el cerebelo.

—En humano, por favor. No todos hablamos anatomía.

—Hasta la mandíbula me palpita. —Mia se masajeó el mentón.

—Será que tienes dolor de muelas.

—De dientes. De todos los dientes.

—¿Cómo van a dolerte todos los dientes a la vez? —Su hermana reprimió otro ataque de tos—. Espera. Mira lo que tengo.

Angie sacó una lata abollada de ungüento de menta de su cesto. Intentó desenroscar la tapa, pero la manipulaba con torpeza. Las dos se quedaron mirando sus manos enguantadas. El astracán era de un suave color rosa.

—No pasa nada —dijo Mia—. Puedes quitártelos. No se lo diré a Padre.

Despacio, con cuidado, Angie aflojó la piel del meñique, luego del anular, luego del índice. Se quitó el guante y lo dejó pulcramente sobre el tocador. Su piel era suave y sonrosada, muy diferente a la tez de alabastro llena de pecas cobrizas de Mia.

—Imagínate —dijo Angie en voz baja—. Después de mañana ya no tendrás que volver a llevarlos.

Qué fácil era olvidar.

A excepción de los miembros de la familia real, todas las chicas estaban obligadas a llevar guantes como precaución. Cualquier mujer podría ser una Gwyrach. Por lo tanto, cualquier mujer era una amenaza. Las Gwyrach eran mujeres que, a través del mero contacto, podían manipular la carne, el hueso y la sangre de sus víctimas, incluso el aire que respiraban.

«No son mujeres —se dijo Mia—. Son demonios». Medio dioses, medio humanas; la ira y el poder de un dios mezclado con los celos mundanos y el rencor de los humanos. Las Gwyrach podían partir huesos y helar el aliento. Podían dejar brazos y piernas sin oxígeno, henchir un corazón de deseo falso, hacer hervir la sangre y poner la piel de gallina. Hasta podían detener un corazón. Qué forma más fácil de matar: bastaba con poner la mano sobre el pecho de la víctima y su vida se apagaba para siempre. Mia lo había visto con sus propios ojos.

Una Gwyrach destruyó sus vidas y Mia iba a encontrarla. «Corazón por corazón, vida por vida». Pero, primero, ella y Angelyne tenían que escapar.

A través del espejo vio cómo el rostro de su hermana se ensombrecía. Fue solo un instante. Angie frotó el ungüento de menta en la mandíbula de Mia y volvió a ponerse el guante enseguida. Tenía las muñecas tan finas que a Mia se le encogía el corazón. Como un pajarito. Su madre siempre decía que Angie era su pequeño cisne, y con razón.

Antes de que Mia pudiera reaccionar, su hermana le había quitado la túnica de lino y le estaba ajustando el corsé de ballenas.

—¡Por los cuatro infiernos, Angie!

—¿Qué pasa? ¡Pareces una princesa! —Contempló con admiración el reflejo de Mia—. ¿Sabes si los aposentos del príncipe estarán iluminados con velas? La luz de las velas realza maravillosamente tu estructura ósea. Tu clavícula proyecta unas sombras preciosas...

—Dudo que vaya a fijarse en mi clavícula —dijo Mia con hosquedad. Entre lo que el corsé empujaba hacia arriba y lo abajo que terminaba el escote de su vestido, nunca había tenido la piel tan a la vista.

—Tienes la figura de mamá —suspiró Angie—. Lo que daría yo por tener esos senos de porcelana.

Mia y su hermana se miraron a los ojos en el reflejo del espejo y, a pesar de todo —o tal vez por culpa de todo—, se echaron a reír. Siempre estaban igual: podían estar peleándose y pasar, en un momento, a retorcerse de risa.

—Veo que has estado leyendo tus noveluchas horrosas.

—Qué poca fe tienes en el destino. ¡Querer enamorarse no tiene nada de malo! Sentir algo inmenso, encontrar un compañero apuesto en el baile del destino...

—Igual que Madre y Padre.

Angie se tocó el colgante de piedra lunar que llevaba atado al cuello. Había sido de su madre.

—Sí —respondió con un susurro—. Igual que ellos.

Estaban perdiendo un tiempo precioso. Era ahora o nunca.

—Necesito que me escuches, Angie. Tengo que contarte algo importante.

—¿Ah, sí?

Su hermana escogió una horquilla de pelo muy larga y la sumergió en una vela candente. Entonces tomó un mechón del cabello rojo oscuro de Mia y lo enrolló alrededor de la horquilla, caliente y cubierta de cera. Al soltarlo, el mechón dibujó un tirabuzón perfecto. A la luz de la antorcha, Mia no pudo evitar pensar que sus rizos relucían con el color de la sangre fresca.

—Angelyne. —Su voz era perturbadoramente queda—. Nos vamos de aquí. Tú y yo. Ya lo he preparado todo, no tienes que hacer nada más que confiar en mí.

Despacio, Angie dejó la horquilla sobre la cómoda. Sus ojos azules destellaban en el espejo.

—Sé lo que planeas, Mia. He visto los mapas, las bolsas que has preparado. Sé que vas a escaparte. Y yo no voy a ir.

Mia se quedó estupefacta.

—No... No pienso dejarte aquí.

—¿Y si yo quiero quedarme? ¿Lo has pensado? A lo mejor esta vida que tanto insistes en detestar, vivir en un castillo casada con un príncipe, no está tan mal.

—¿Estar atrapada para siempre en esta tumba de hielo?

—Alargó la mano y la puso sobre la frente de su hermana

—. ¿Tienes fiebre? La fiebre te roba la cordura.

Angie se zafó.

—¡Aquí la que está cuerda soy yo! Me tratas como si fuera una víctima. La pobre Angie, tan enferma, que necesita que alguien la salve. Pues no necesito que me salven. Vete. Huye del castillo. Escápate a correr aventuras.

—¿Aventuras? Hablas como si quisiera irme de vacaciones. Sabes que tengo que encontrarla, Angie. Si Padre no lo hace, lo haré yo. «Corazón por corazón, vida por vida».

—Sí, ya. Los cazadores creéis que estáis haciendo justicia, pero, en realidad, no hacéis más que echar más leña al fuego. Más muertos. Más pérdidas.

La conversación se estaba desviando muy rápido y Mia no sabía cómo encauzarla.

—¿Por qué ibas a querer casarte sin amor? ¿Qué pasa con lo de «el baile del destino»? Piensa en cómo Madre miraba a Padre...

—Intento no pensar en ella —le espetó Angie—. Aunque tú no paras de recordármela.

—¿Es eso lo que quieres de verdad? ¿Atarte con un voto sagrado a un chico que no te ama? ¿Y todo para poder pasearte por el castillo con vestidos bonitos?

—¡No tienes ningún derecho a decirme lo que quiero!

Angelyne palideció. Se tambaleó y se apoyó en uno de los pilares de la cama, presa de un ataque de tos que sacudía su cuerpo liviano. Mia se le acercó al instante.

—¿Otra vez mareos?

—No sé por qué me pasan. Me encuentro perfectamente y, de repente, todo se vuelve blanco.

—Tal vez deberías tumbarte.

—Tal vez. —Mia la ayudó a encaramarse a la cama con dosel y ahuecó las almohadas de color escarlata para ponerlas bajo la cabeza. Observó cómo el pecho de su hermana se inflaba y desinflaba como un delicado farolillo de papel. Sentía un remolino de culpa en la barriga.

Mia tampoco se encontraba muy bien. Se sentía presa de un calor inexplicable, tan abrasador como si se hubiera acercado a una hoguera y las llamas hubieran lamido su piel pecosa. El sudor empezaba a humedecerle las axilas, a acumularse en la parte baja de su espalda. Era la razón 612 por la que no sería muy buena princesa: las princesas no manchaban sus elegantes vestidos de seda con ronchas de sudor.

Angie sonreía con tristeza.

—Mírame. No estoy ni para pelearme como es debido. Verdaderamente, soy como una de las protagonistas de mis novelas. —Cogió la mano de Mia, que sintió el calor intenso de su piel—. Vete, Mia. Si quieres huir, huye. Yo no seré más que un estorbo.

A Mia se le hizo un nudo en el estómago. Su hermana no podía estar ni cinco minutos sin caer presa de una de sus inexplicables aflicciones: fiebres, ataques de tos, mareos, monstruosos dolores de cabeza. A veces, Angie caía de bruces porque los pies habían dejado de responderle y se le dormían los dedos. Mia había rebuscado en todos sus libros de fisiología, leído hasta la extenuación todos los tomos sobre enfermedades e infecciones. Nunca sacó nada en claro.

Sentía la respiración entrecortada. Para escapar, debían recorrer sin ser descubiertas un laberinto infinito de túneles, salir del castillo, atravesar el pueblo sin que nadie las viera, hacerse con una embarcación y navegar hacia el este por el

río Natha hasta Fojo Karaçaõ. Fojo era el lugar en el que su madre se enamoró y donde se ganó varios enemigos. El viaje les llevaría varios días. O semanas.

Angie nunca lo conseguiría. Muy en el fondo, Mia sospechaba haberlo sabido desde el principio.

La verdad echó raíces en su mente con una certeza nauseabunda.

Nunca encontraría a la Gwyrach asesina.

Nunca saldría del castillo.

Tendría que casarse con el príncipe.

Mia hizo un esfuerzo heroico por ocultar su desesperación. Si no podía salvar a su hermana, al menos podía hacerla sonreír.

—Me temo que no te librarás de mí tan fácilmente. Aunque preferirías que yo fuera un chico apuesto que admirara tus senos de porcelana.

Oyó pasos en el corredor del castillo. Dos golpes secos en la puerta resonaron en sus aposentos.

—¿Lady Mia? —Era el príncipe, con su voz fría como el hielo—. Traigo noticias.